Año I. Barcelona, 30 de Junio de 1900. Núm. 8.

Luz y Union

REVISTA ESPIRITISTA

Organo Oficial de la «Unión Espiritista Kardeciana de Cataluña»

Se publica los días 10, 17, 24 y último de cada mes

EDICIÓN ORDINARIA

Nacer, morir, volver á nacer y progresar siempre. Tal es la ley.

No hay efecto sin causa.—Todo efecto inteligente tiene una causa inteligente.—La potencia de la causa inteligente está en razón de la magnitud del efecto.—*Allán Kardec.*

Hacia Dios por el Amor y por la Ciencia.
(Lema fundamental del Espiritismo.)

Sin caridad no hay salvación.—*Kardec.*

Amaos los unos á los otros.—*Jesús.*

Ni la existencia, ni el trabajo, ni el dolor terminan donde empieza un sepulcro.—*Marietta.*

SUMARIO

SUSCRIPCIÓN PARA ATENDER Á LOS GASTOS QUE ORIGINE LA DELEGACIÓN AL CONGRESO DE PARÍS Y PARA CONTRIBUIR Á LOS GASTOS GENERALES DE DICHO CONGRESO.

	Ptas.
Suma anterior.	466'55
Uno.	3
Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos, recaudado el día 24 de Junio	26'20
Sociedad Científico-Espiritista «Amor», de Gerona.	100
Suman.	595'75

(Sigue abierta la suscripoión.)

¡POBRE CLARA!

I

¿Quién fué Clara? Uno de los seres más infortunados de este mundo, por que unió á su inmensa desventura un talento asombroso para hacer más aflictiva y más desesperada su situación.

Decía Eugenio Sué, que hay seres ingeniosos para hacerse desgraciados, y lo que es Clara tuvo más ingenio que todos los novelistas y los folletinistas juntos para convertir su azaroza existencia en un verdadero infierno.

Aun recuerdo cuando la ví por primera vez: aun que ya estaba en la miseria, conservaba todavía un buen traje de riguroso luto, con su espléndido manto, su largo velo de crespón, sus guantes de finísima cabritilla que ceñían admirablemente su mano de niña, sus zapatitos que dibujaban sus pequeños pies, todo era en ella verdaderamente distinguido; sus negrísimos y abundantes cabellos coronaban artísticamente su pálida frente, sus ojos vivos y de penetrante mirada, revelaban una soberbia indomable; era de mediana estatura, pero había en su semblante tal magestad, que se ajígantaba su pequeña figura de un modo prodigioso.

Clara había recibido una educación

esmeradísima; hija única de un médico célebre, sus padres se habían complacido en educar á su hija del modo más acabado y más perfecto; de consiguiente, su trato era agradabilísimo, por que de todo sabía un poco; había viajado bastante y con esto había aumentado sus generales conocimientos; era una mujer de la buena sociedad, artista por temperamento y por educación musical; era una pianista notabilísima; repentista de primer orden, se sentaba delante del piano, y dejándose dominar por sus recuerdos, dejaba correr sus manos por el teclado y las más más dulces é inspiradas melodías brotaban á su voluntad bajo la nerviosa presión de sus afilados dedos.

Cuando me visitó por vez primera, me habló de su próximo viaje á París, donde pensaba dedicarse á la enseñanza del piano, no haciéndolo en Madrid, por que le era muy doloroso convertirse en una vulgar profesora la que estaba acostumbrada á ser el encanto de los salones más aristocráticos de la Corte.

Su franca declaración me hizo daño; adiviné instantáneamente la serie de amarguras que caerían como lluvia de fuego sobre aquella cabeza peinada con artística elegancia; pero recordé al mismo tiempo aquel antiguo adagio de que *no hay peor sordo que aquel que no quiere oir;* así es, que me abstuve de decirle mi opinión sobre su viaje á Francia; se despidió y al estrechar su mano, involuntariamente murmuré: ¡Pobre Clara!... Ella me miró sorprendida y enojada, pero no sé qué leyó en mis ojos, que me dijo:—Si vuelvo á Barcelona será usted mi mejor amiga, tiene usted razón, soy muy desgraciada. Soy esposa sin esposo, soy madre sin hijo; mi marido me abandonó después de haberme arruinado y de haberse jugado todas mis joyas; mi hijo prefirió la compañía de su padre á la mía, y ambos viven con una afamada cortesana en Lisboa; sólo me queda mi madre, pero somos dos espíritus que no nos entenderemos jamás. Mi madre es la humildad personificada; su resignación llega á la santidad; ella no encuentra ningún trabajo humillante; con tal de vivir sin molestar á nadie, sería capaz de permanecer dentro de un pozo, y yo, no lo puedo remediar, ya ve usted, no he querido utilizar mis buenas relaciones de Madrid, que me hubieran proporcionado muchas lecciones de piano, y me voy á París á probar fortuna, sabiendo que aquel clima me mata.

¡Pobre Clara! (murmuré de nuevo), ella contuvo un movimiento de disgusto y me abrazó; besé su frente y la ví marchar con tristeza, y, cosa extraña, la ví despojada de su traje de luto, cubierta de harapos, revelando su semblante la más profunda desesperación. ¡Poble Clara!

Dos ó tres meses después, se presentó una noche en mi gabinete Clara; ya su traje revelaba la miseria en toda su desnudez; su falda de media cola, su expléndido manto, su largo velo, todo había ido á perderse en uno de esos pozos sin fondo que se llaman *casa de préstamos*. Una faldilla corta y estrecha, un medio manto, un pedazo de crespón amontonado sobre su cabeza, constituían todo su atavío. Sólo conservaba sus negros y abundantes cabellos coronando su frente; pero su semblante estaba tan escuálido, sus ojos estaban tan amoratados, que los rizos que caían sobre su frente no conseguían adornar aquel rostro macilento. ¡Pobre Clara! su viaje á París había sido del todo infructuoso. En cuanto llegó cayó gravemente enferma, gastó sus escasos ahorros, y para volver á España se vió y se deseó. Viéndose en tal estado, llamó á su madre á Barcelona, haciéndole perder una colocación honrosa, y madre é hija se encontraban en la ciudad de los Condes sin saber como vivir. Lo que Clara y su madre llegaron á sufrir fué horroroso. La madre era

una santa; humilde, trabajadora, diligente, ofrecida, se hacía querer, y siempre encontraba trabajo en todas partes; y su actividad, y su paciencia, eran motivo de enojo para su hija, que la despreciaba y le decía que no tenía dignidad; pero al mismo tiempo se aprovechaba de lo que su madre ganaba para medio comer.

¡Qué cuadro el de aquella familia! Para fin de fiesta, vino el hijo moribundo para morir al lado de su madre y de su abuela. Clara, que tenía el delirio de los viajes, tenía una gracia especial para conseguir pasajes gratuitos, y á lo mejor se trasladaba á otro punto de España, para luego volver á su cuartel general, que era Barcelona.

Es imposible describir la miseria en que llegó á vivir Clara. Yo la seguí en su larga calle de la Amargura, y algunas noches iba á verla, cuando ella no tenía ni zapatos que ponerse y se pasaba las horas sentada en una sillita baja, con los pies envueltos en trapos, dejando volar á su acalorada imaginación que se lanzaba á soñar, á recordar sus grandezas pasadas, su infancia de princesa, su juventud de reina, y su edad madura de mendiga, pidiendo á todo bicho viviente, explotando á todo el mundo, y viviendo del modo más miserable y más desastroso; por que cuando lograba reunir una cantidad regular, emprendía uno de sus disparatados viajes y vuelta á empezar la tarea de pedir.

Clara era para mí un libro donde no me cansaba de estudiar; por un lado, aparecía un espíritu digno, orgulloso, ocultando su miseria con verdadero heroismo, honrada hasta el sacrificio, y por otro lado, un ser envilecido en la miseria, no queriendo trabajar, engañando á todo el mundo: siendo ca tólica con el cura, materialista con el ateo, maldiciendo la hora en que nació, renegando de su madre, que era la única que nunca la abandonaba y que le daba cuanto ganaba. Yo decía al mirarla: ¿qué eres? ¿enferma incurable? ¿víctima quizá de algún enemigo invisible? ¿qué te atormenta y te humilla? me perdía en conjeturas y sacaba lo que el negro del sermón: los pies fríos y la cabeza caliente.

Clara, en una de sus correrías, encontró en una ciudad de España á una buena señora, inmensamente rica, que se compadeció de ella y le impuso la condición de dejar su vida aventurera, que ella le daría casa y diez duros mensuales; como Clara ya no se podía tener en pié, porque estaba en el último grado de tisis, aceptó la oferta y se dejó caer en su lecho de muerte á cuya cabecera se puso su madre para sufrir lo indecible viendo á su pobre hija loca rematada, maldiciendo de Dios y de los hombres, haciéndose insoportable á todo el vecindario, hasta á su caritativa protectora, que oía de los labios de Clara los mayores improperios, diciéndole que no sabía respetar y compadecer á los desgraciados; que no le agradecía en lo más mínimo lo que hacía por ella, puesto que no era, ni con mucho, lo que estaba obligada á hacer una mujer de su clase, por una enferma de sus especiales condiciones.

Al fin murió despreciada de todos, y sólo su pobre madre veló su cadáver y le acompañó hasta el carro de los muertos que vino de madrugada á recojer á la difunta, que envuelta en una sábana la tiraron en el carro para echarla más tarde en la fosa común.

La madre de Clara, horrorizada de la muerte de su hija, se volvió á Barcelona donde contaba con buenas amistades y haciéndose útil á todos, trabajó mientras pudo, y logró morir auxiliada y atendida, siendo enterrada de día y llorada por la familia que la cuidó en los últimos días de su vida.

El recuerdo de Clara nunca se ha borrado de mi mente, y hace algún tiempo que con más insistencia me persigue, en particular cuando paso por delante de una modesta casita don-

de Clara y su madre pasaron muchos días sin pan y muchas noches sin sueño; encerradas en aquel sombrío castillo de la miseria, algunas veces contemplo sus balcones y me parece ver detrás de sus cristales la figura de Clara, pálida, andrajosa, con sus negros cabellos en desorden y sus manos levantadas al cielo pidiendo cuenta á Dios de sus días sin pan y de sus noches sin sueño. Y no sólo he visto á Clara al pasar por delante de su casa, también la he visto en el salón que precede á mi gabinete, con su traje de luto, su largo manto y su flotante velo colocado artísticamente sobre sus negros rizos, comprendiendo al fin, que no era mi memoria la que reproducía su imagen, que ella, más lejos ó más cerca, quería ponerse en relación conmigo; y como en esto de las comunicaciones yo hilo muy delgado, y no me fío de mí misma, por que temo que mi imaginación alucinada llene el vacío con sombras que no existen, pedí al espíritu que me guía en mis trabajos que me diera explicaciones sobre lo que recordaba y lo que veía, y el espíritu viendo mi deseo de estudiar, me dijo así:

II

«No es ilusión de tus sentidos, Clara te envía desde larga distancia los efluvios de su pensamiento, y aprovecha la compasión de un espíritu que de buena voluntad se presta á complacerla transmitiéndote los ayes de su alma, ayes profundos, ayes desgarradores, ayes que cuentan una historia de muchos siglos. El espíritu de Clara está en la situación desesperada de un náufrago que ve el puerto y no puede llegar á él; sabe que no existe en la tierra, acompañó á su cuerpo hasta dejarle en la fosa, y como que tenía nociones del Espiritismo, no le sorprendió en manera alguna verse viva y verse muerta; recorre de contínuo todos los lugares donde lloró y padeció; por eso la has recordado más vivamente al contemplar uno de los puntos donde padeció hambre y sed; donde el insomnio más tenaz acabó de trastornar su imaginación calenturienta. Te busca con empeño, ella quisiera sentarse en el mismo sitial donde tantas veces se sentó frente á tí, para contarte muy de cerca sus cuitas, pero eso no es posible, y tiene que contentarse con la trasmisión que te hará otro espíritu, trasmisión verdad, acéptala, trasládala á el papel para enseñanza de muchos desgraciados víctimas de su orgullo y de su ignorancia.»

III

Obedeciendo las indicaciones de mi guía, tomo la pluma y traslado á el papel lo que pausadamente me dicta el espíritu inspirado por la pobre Clara.

«¡Cuánto tiempo de lucha! no sé medirlo, no sé los años que han transcurrido; aquí el tiempo no tiene medida, aquí no hay floridas primaveras ni helados inviernos, ni estíos abrasadores, ni melancólicos otoños. ¿Estoy quieta en un punto? no lo sé, ¿corro? ¿vuelo? no sé como estoy; me veo rodando por la tierra, me contemplo sentada en las iglesias rezando hipócritamente, penetro en miserables casuchos y allí me encuentro cubierta de harapos, mirándome en un pedazo de espejo, asombrándome mi enflaquecimiento; después... después... me veo envuelta en un mal sudario abandonada de todos... ¿de todos? no, mi pobre madre, una de mis antiguas víctimas, me contempla sin derramar una lágrima; la he hecho llorar tanto, que sus ojos están secos y enrojecidos. Oigo voces aguardentosas, entran dos hombres en la habitación y lanzando burlonas carcajadas se apoderan de mi cuerpo y mi madre los sigue sin exhalar una queja; me arrojan en un carro mal oliente, donde me esperan otros muertos, y á trote largo se alejan los caballejos que tiran del fúnebre vehí-

culo. Yo seguí á mi cuerpo hasta dejarle en un hoyo profundo; clareaba el alba, los pajarillos llamaban á el astro día, y uno, más compasivo que los hombres, cuando los enterradores se alejaron, descendió sobre la tierra removida y allí entonó un canto tan triste, que parecía un *di profundis*. Después... después me dormí (valga la frase) por que no es sueño lo que se apodera del espíritu, es un desfallecimiento especial, es un compás de espera en las actividades de la vida; no tiene explicación posible, ó al menos, yo no puedo dársela. En ese reposo permanecí no se cuanto tiempo, por que ya he dicho anteriormente que aquí no hay día ni noche, no hay tarde ni mañana, yo siempre veo la misma claridad plomiza, es decir, siempre no, he hecho un viaje, y de ese quiero dar cuenta, ¿por voluntad propia? lo dificulto, ¿por imposición? quizá; pero es una orden que no me rebela, que no me subleva y eso que levanto una punta del velo que cubre mi pasado.»

«No sé cuando, sin haber sentido el menor movimiento de traslación, me encontré en medio de una campiña muy fértil, por que muchos riachuelos la cruzaban allá, muy lejos, perdiéndose sus cumbres en el cielo, ví una cordillera de nevadas montañas, y sobre sus blancas cúspides ví macizos torreones; aquellos torreones atrajeron mi atención poderosamente, y del mismo modo que me encontré en la fértil campiña, atravesé un gran trecho y me hallé en las cimas de aquellos montes, descendí hasta llegar á un valle melancólico, y entre árboles jigantescos descubrí un castillo señorial; era un edificio grandioso y sombrío, me acerqué á una poterna y la pequeña puerta se abrió ante mí; atravesé el foso que estaba lleno de maleza y hojarasca, pero manos invisibles me allanaban el camino, y al fin me encontré en un gran patio iluminado por los pálidos rayos del sol poniente; una voz resonó en mis oídos, que me dijo:—Mira y compara. Miré y ví el patio antes solitario, lleno de arqueros, de hombres de armas, de pajes y escuderos, que todos hablaban acaloradamente; de pronto las trompetas de muchos cazadores lanzaron al viento sus alegres sonidos, y á poco entró en el patio una mujer joven y bella montada en un caballo de gran alzada. Al entrar ella, todos los que se hallaban reunidos gritaron ¡viva la Condesa Azara! ¡viva!... La condesa, seguida de muchos caballeros, saltó del caballo rápidamente y se dirigió al interior del castillo. Yo también la seguí muy preocupada, porque me seguía á mí misma; aquella mujer y yo éramos un solo espíritu; nadie me lo dijo, pero me bastó mirarla. Era yo, en el apogeo de mi grandeza y de mi perversidad. Azara despidió friamente á su corte de rendidos caballeros, y se encerró en su estancia con una mujer de mediana edad, que la servía de rodillas. La vista de aquella mujer me hizo estremecer, la conocía, la conocía muy de cerca, ¡era mi madre! la pobre mártir que sola y aterrada veló mi cadáver hasta dejarlo en el carro de los muertos, en mi última existencia. De nuevo resonó la voz en mi oído diciéndome:—Escucha. Y escuché para mi martirio.

«La Condesa Azara le dijo á su fiel servidora:»

—«¿Has cumplido mis órdenes?»

—«Todas.»

—«Ya sabes que mi marido debe morir mañana; ella y sus hijos enterrados en vida.»

—«¿También los niños?»

—«También, ellos son la prueba de los deleites de mi infiel esposo. ¡Una sierva fecunda, y yo esteril!... ¡él trabajando mucho para repudiarme!... lo he sabido á tiempo, tengo fieles servidores. Te cuento entre ellos.»

—«Os obedeceré ciegamente, pero los niños...»

—«Silencio, da gracias que no te entierre con ellos. Sígueme.»

«Las dos mujeres salieron; yo las seguí; encontraron á dos hombres colocando un lazo, para en él cazar al día siguiente al dueño del castillo, al volver de una cacería de jabalíes. Terminado aquel trabajo, los cuatro se dirigieron á una casita oculta en el bosque, entraron en ella sigilosamente, pues todo lo tenían preparado de antemano. Una mujer joven y hermosa dormía tranquilamente con dos niños, todos en su mismo lecho. Aquellos hombres amordazaron á las tres víctimas y arrastrando las sacaron al campo. Para concluir más pronto, se echaron al hombro los tres asesinos á sus tres víctimas. Azara los siguió en silencio, llegaron á la entrada de una profunda cueva y allí arrojaron á la hermosa mujer y á sus tiernos hijos que contarían entre los dos cinco años.»

«Dejadlos bien adentro, (dijo Azara.) La obedecieron, echando después en la cueva piedras enormes y la misma condesa les ayudó en aquel trabajo infernal, para concluir más pronto. Terminado el enterramiento, Azara y su compañera se volvieron á su estancia y sus dos cómplices se fueron á guardar el lazo en el cual había de caer al día siguiente el conde.»

«Todo salió á medida de los deseos de Azara. Su marido volvió al día siguiente, saliéndole ella á recibir rodeada de su corte; el conde cayó en la trampa preparada, perdiendo las dos piernas al caer y muriendo á los pocos momentos. La condesa, para vengar la muerte de su marido, hizo clavar en picas á varios infelices, acusándoles de traidores á su señor; entre ellos murieron sus dos cómplices, los que no pudieron hablar, porque les cauterizaron la lengua á todos.»

«El crimen de Azara quedó impune, vivió largos años, conservando su viudez, para no demostrar nuevamente su esterilidad. Odió á las mujeres fecundas y aborreció á los niños, y al fin, cansada de sus crímenes y de su soledad, se envenenó, y murió maldiciendo á la Causa Suprema.»

«Se la enterró con gran pompa; pero no hubo una mano piadosa que cerrara sus ojos, porque ya había muerto su fiel servidora, y la noche que permaneció insepulto su cadáver, se cometieron toda clase de excesos en torno de ella; tanta fué la alegría que todos los que la rodeaban sintieron con su muerte: se saquearon las bodegas y la embriaguez y el desenfreno reinó en el castillo durante algunas horas, hasta que los religiosos (siempre hipócritas) acudieron en gran número á entonar sus salmodías y á desbalijar todo cuanto pudieron.»

«Yo seguí contemplándome á mí misma, y cuando ya me dejé en la bóveda mortuoria, abandoné el castillo, subí á la cumbre de una montaña y descendí á la llanura, á la fértil campiña fecundada por cristalinos arroyuelos, y después... después me encontré ante el cadáver de la pobre Clara (como tú me dices) ¡pobre Amalia! allí encontré á mi madre de hoy y mi fiel servidora de ayer; acompañé nuevamente mi cuerpo á la fosa y me quedé en un estado de triste quietismo; pero éste no me duró mucho tiempo; mi actividad de ardilla se despertó de nuevo, y en este piélago sin fin, en este mar gris donde me parece que navego, busco un puerto y no lo encuentro; múltiples pensamientos se agitan en mi mente. Azara y Clara las confundo en un solo ser y las dos me inspiraron repulsión y compasión á la vez. Ahora comprendo mi desmedido orgullo, mi falta de resignación en la pobreza! ¡Me creí tanto tiempo superior á los demás! porque no sólo fuí noble y opulenta cuando me llamé Azara; antes y después tuve vasallos y mi voluntad fué ley, y aunque antes de la existencia en que me conocistes tuve otras encarnaciones de ho-

rribles sufrimientos, el vicio fatal de mi desmedido orgullo no se rendía ante el castigo, como no se rindió en mi última peregrinación; creía que todos estaban obligados á ser mis servidores, por eso no agradecía los beneficios, y solo de tí conservé un recuerdo menos desagradable, porque me respetastes como nadie me respetó; poco te debí en dádivas, pero fuistes la única que comprendió y compadeció mi acerbo padecimiento. En tu *¡pobre Clara!* no había acre censura; tú adivinabas algo de mi ayer, te estremecías de horror, pero decías con tristeza: Cuando en medio de tanta desventura no ha perdido su aire aristocrático, sus maneras distinguidas y su fino y agradable trato, ¡cuántos salones habrá recorrido esta infeliz! ¡cuántos cortesanos se habrán inclinado á su paso! cuando el hambre no ha conseguido amansar á la fiera de su orgullo, ¡cuánto le queda aún qué padecer!...»

«Y no me has olvidado, me recuerdas, especialmente cuando pasas por una de las mazmorras que habité en la tierra y allí me ves, porque allí estoy muchas veces, recorriendo en mi turbación todos los lugares donde caí bajo el peso de mi cruz. Al fin me has atendido, y aunque tu organismo se ha lastimado, has trasladado á el papel, lo que por mediación de otro espíritu te he inspirado: sabes compadecer, ¡dichosa tú! *Clara.*»

IV

Efectivamente, el anterior escrito me ha causado un malestar indescriptible. Mi cuerpo no ha sufrido violentas sacudidas, de mi imaginación han brotado los pensamientos con la mayor facilidad, y sin embargo, no me encuentro bien, me parece que me he quitado de mis hombros un peso enorme, creo que he cumplido con un deber de fraternidad, complaciendo á un espíritu verdaderamente desgraciado, y dando á conocer una historia más, para enseñanza de déspotas y escarmiento de tiranos; porque los pobres orgullosos, los que no quieren perder sus antiguos hábitos, son muy desgraciados; se hacen antipáticos y repulsivos para todos aquellos que los rodean, y las almas más cristianas y compasivas, rechazan lejos de sí á esos pobres que piden una limosna con sus labios y lanzan una mirada de soberano desprecio al que los compadece y les socorre y les auxilia en su tribulación.

Yo recuerdo perfectamente á la pobre Clara; donde quiera que iba encontraba abrojos, y aunque á veces recogía dinero en abundancia, se lo daban diciéndole:—Te damos esto para que te vayas, para que nos dejes en paz, para que no te acuerdes más de que esta ciudad existe; y Clara enmudecía, se iba lejos y al poco tiempo, volvía á reaparecer más pobre, más harapienta, más enferma, más estenuada, pero con el fuego del odio en sus ojos, con la maldición en sus labios, pidiendo, importunando, siendo la pesadilla de cuantos la conocían, y su pobre madre, humilde y temblorosa, abogando por su hija, diciendo: ¡Pobre Clara! ¡está loca! ¡loca rematada! á mi me golpea, me maltrata, me arroja de su casa y luego me llama para que la cuide en sus contínuas enfermedades. Ya reconozco sus defectos, ¡pero es tan desgraciada!... y la pobre madre lloraba sin consuelo. Cuando murió su hija se tranquilizó bastante y me decía:—Tú que hablas con los espíritus, pregúntales por mi pobre Clara; yo no sé que lazos nos unían; el de la maternidad de hoy era el más flojo. Debe haber otros lazos de ayer, porque los papeles estaban cambiados; ella era la madre cruel y despótica, y yo la hija humilde y amedrentada; ella me despreciaba, y yo temblaba ante su mirada. A veces me decía: no se que me recuerdas ¡maldita seas! y yo aterrada me escondía en el último rincón de la casa ó salía huyendo sin saber dónde

guarecerme. Ahora respiro, nadie me maldice, nadie me maltrata, ¡qué triste es alegrarse de la muerte de un hijo! ¡qué espíritu tan rebelde el de mi pobre Clara!. . . . .

¡Cuántas historias encierra la humanidad! la fábula de Caín y Abel es el símbolo de los crímenes cometidos por los fuertes; crímenes que se expían más tarde sufriendo hambre y sed, y lo que es más doloroso todavía, el desprecio de la humanidad.

AMALIA DOMINGO SOLER.

DOLOR Y RESIGNACION

Murió la Consuelito, la niña idolatrada,
la tierna adolescente, la delicada flor,
la de dorados rizos y célica mirada,
la que era mi embeleso, mi bien, mi luz, mi amor.

¡Miradlo! allí apartado se encuentra su piano
ya nadie en esta casa se acuerda de tocar,
jamás bajo el impulso de su hechicera mano
podrán sus blancas teclas volver á resonar.

Ya nunca el angel mío poniéndose á mi lado
con su inocente charla mi ser animará,
ni sentiré en mi rostro su aliento perfumado
ni atenta y satisfecha mi voz escuchará.

Ya nunca mi Consuelo como antes sonriendo
vendrá con sus libritos á darme la lección,
ni cerca de mi diestra la miraré cosiendo
ni elevará conmigo suavísima oración.

Ya el angel de mi vida del campo deleitoso
las gayas florecillas jamás irá á coger,
ni escuchará admirada al pajarillo hermoso
ni tras alado insecto podrá echar á correr.

Adios mis esperanzas, mis dulces ambiciones
de ver á mi hermanita sin tregua junto á mí
de ser yo la Mentora de todas sus acciones
de darle cuanto ansiara, de hacer su dicha aquí.

¡Aquí! ¡vana quimera! el mundo en que vivimos
es mundo de tormento, de lucha, de aflicción,
por eso aquel ser puro que trece años tuvimos
bajo el cuidado nuestro, marchóse á otra mansión.

A otra mansión sin duda de paz y de armonía,
á otra mansión sin duda de calma y bienestar,
pero es Dios Poderoso que yo verla quería,
besarla á todas horas, con ella siempre estar.

En fin, Vos lo habeis hecho y aunque de pena muero
acato vuestras leyes, resignación tendré,
tendré siempre paciencia porque además espero
que cuando aquí yo acabe, allí la estrecharé.

Hagamos entre tanto del alma la escalera,
vayamos de la ciencia y del progreso en pos,
busquemos sin descanso la dicha verdadera
seamos siempre buenos y luego... ¡Dios es Dios!

MATILDE NAVARRO ALONSO.

NO JUZGUEIS SI NO QUEREIS SER JUZGADOS

Estas palabras dirigidas por Jesucristo á sus discípulos y al pueblo que le escuchaba y con el fin también de que hicieran efecto en las generaciones sucesivas, parece que cayeron en un abismo insondable; puesto que se ha venido y aun se sigue haciendo caso omiso de ellas.

¿Cuándo, pues, se hará caso de las enseñanzas de Cristo, que fué el modelo que vino á predicar la moral más pura que el hombre pueda practicar en la tierra?

¿Esperaremos que pasen siglos y más siglos ó que vuelva de nuevo el Divino modelo á predicar para volver á ser crucificado en el infamante madero? No; ya debe bastar con el tiempo transcurrido para que nuestra sociedad vaya abriendo los ojos de la razón á la luz de la verdad, para que cada uno con conocimiento de causa pueda formar un juicio de sí propio para conocer sus propios defectos y hacer un esfuerzo supremo para reprimírselos y despojarse de ellos, y verá como cada falta que se desprenda del fondo de su corazón constituye una traba que le oprime y obscurece su conciencia y por lo tanto, es un obstáculo que le intercepta el paso por el camino de la luz: y como quiera que está sumergido en las tinieblas del error, no puede ver más que sombras fantásticas: y esa misma circunstancia le hace ver la paja en el ojo ageno y no la viga en el suyo.

Ahora bien: ¿es la ley de Cristo ó qué ley es la que debe regir á nuestra humanidad?

Si es la de Cristo ¿por que no se trata de poner en práctica sus divinos preceptos? y sino ¿por qué nos llamamos cristianos? ¿No es la palabra cristiano sinónimo de la palabra Cristo?

De no cumplirse, pues, esa sacrosanta ley, atrás ese calificativo que es un oprobio contra la verdadera moral cristiana y sirve de baldón para los que se la aplican contradiciendo sus palabras á la práctica de sus obras.

Atrás, atrás la murmuración; atrás el anatema y el dime y te diré, que es la piedra moral que se arrojan los unos á los otros como los judíos la arrojaban contra el Salvador de las almas.

No más contiendas: no mas divergencia de pareceres entre los moradores de un mismo pueblo, que es como decir los miembros de una misma familia.

Hay, pues, que trabajar para que el pueblo pueda ver y analizar, para que pueda separar la cizaña del buen grano: porque el tiempo de la recolección se acerca.

FAUSTINO ISONA.

Cidra (Puerto-Rico) 2 Mayo de 1900.

Tip. de J. Torrents, Triunfo, 4, Barcelona (S. Martín)